

encia, pero la mortalidad de los niños es extraordinaria. A los recién nacidos se les sumerge inmediatamente en el mar y se les da el nombre del lugar en que nacen. Las madres llevan á sus hijos en una bolsa de piel colgada á la espalda, y el amor que por ellos sienten es citado por los observadores como el único sentimiento noble de que son capaces los fueguinos: sin embargo este cariño desaparece á medida que los niños crecen. Todos los autores se muestran sorprendidos de la facilidad con que los individuos de una familia se separan de ésta: Lovisato cita de ello muchos casos y Coppinger dice hablando de los chonos: «Un niño á quien tomamos á bordo en el canal de la Trinidad no manifestó tristeza alguna por separarse de sus padres, los cuales recibieron con gran alegría á cambio de su hijo algunos collares y un poco de galleta.» Análogas cosas se describen acerca de la conducta de los esposos entre sí, señalándose especialmente la dureza de corazón con que los maridos y los padres niegan á sus esposas é hijos hambrientos el alimento con que ellos mismos pensaron refocilarse. Bove pudo adquirir á muy poco precio de un fueguino el esqueleto de su propio padre.

Entre los fueguinos el matrimonio reviste, á ser posible, la forma de poligamia. De algunos datos se desprende que el número de hombres es menor que el de mujeres: éstas, á pesar de ser las que proporcionan la mayor parte de alimentos, disfrutan de ellos en menos cantidad que los hombres y en algunos períodos sólo les está permitido comer pescado. Todas las ceremonias del matrimonio parecen estar reducidas á entregar el hombre á la mujer una canoa con arpones y lanzas y á recibir de ella algunas pieles. Los dos esposos conservan sus respectivos nombres.

Dada la dispersión que trae consigo la vida nómada en tales condiciones parece innecesaria la existencia de una organización política, á pesar de lo cual algunos observadores han hablado de stirpes con nombres distintivos y residencias determinadas, es decir de clanes. Bove dice que el mayor grupo de fueguinos que vió se componía de algunos centenares de individuos, pero añade que éstos se agrupaban alrededor de la misión porque en ésta les daban comida y vestido. Fuera de este caso, sólo viajan en grupos de 12 personas que pernoctan en la misma cabaña, siendo muy probable que los individuos de cada uno de estos grupos estén unidos por un estrecho parentesco: estos grupos se componen generalmente de 3 hombres, 5 mujeres y 4 niños y podrían constituir la asociación más natural, es decir, la familia. Únicamente respecto de la tribu cazadora de los onas (nombre que nos recuerda el de enus que ya en 1599 aplicó van Noort á una tribu) se dice de una manera concreta que proclamaba jefe al más fuerte. Los *jakomusches* de los jagahnes, que Fitzroy tomó equivocadamente por caudillos, son médicos hechiceros que á pesar de las supersticiones en que aparecen envueltos son objeto más bien de odio que de respeto.

En ningún pueblo han sido tan menospreciadas las manifestaciones espirituales como en los fueguinos: toda la vida

de éstos es tan miserable que, al parecer, tenfise por imposible mencionar en ella la menor chispa de elevadas aspiraciones; de aquí que la mayoría de los observadores no se hayan molestado gran cosa en este punto y que cuando han visto dar resultados negativos á un par de pruebas zumbonas sobre el sentimiento religioso, la idea de Dios etc., hayan negado, sin meterse en más averiguaciones, á los fueguinos la facultad de pensar en cosas que se salgan de los límites de las diarias necesidades. Lovisato que, por lo demás, nos ha dado excelentes datos acerca de los fueguinos, dice: «La muerte de una persona no les causa el menor sentimiento: el pintarse el rostro, los gritos, las heridas que se infieren cuando se les muere un pariente, la destrucción de la choza del difunto etc., no son más que meras costumbres.» La lectura de esto produce en el ánimo la impresión de que intencionadamente se ha querido deprimir las cualidades morales de este pueblo, cuando, por el contrario, habría sido más justo y más conforme con la realidad hacer constar que á pesar de su pobreza y de su miseria observan estos pueblos los usos funerarios más expresa y fielmente que las naciones que nadan en la abundancia. Cuando hagamos la descripción general de las religiones indias veremos cuánto coinciden con las de los de más americanos las prácticas mortuorias de los fueguinos, entre los cuales encontramos hasta la costumbre de vestir á los cadáveres acurrucados y arrollados á modo de momias, dándose con frecuencia el caso de que sea enterrado el cuerpo con vestiduras mejores que las que llevó en vida. Cuando el fallecimiento ocurre en el mar, los sobrevivientes se pintan en el rostro dos líneas onduladas negras y blancas alternadas. Para cementerios escógenese con frecuencia las pequeñas islas. Los nombres de las personas fallecidas no se pronuncian con gusto; las almas de los muertos se retiran á los bosques, así es que el grito de un pájaro, un crujido de un ventisquero, y en suma cualquier sonido inexplicable son para los fueguinos voces de los espíritus. Difícil es decir hasta qué punto el pensamiento de estos pueblos vuela hacia las ideas de un Dios y de una vida futura: carecen, al parecer, de ídolos y de amuletos, pero distinguen entre los buenos y malos espíritus por más que de las manifestaciones de éstos no sepan derivar recompensas ni castigos. Los jagahnes dan el nombre de *kurspik* (palabra que Lovisato traduce por demonio) á un espíritu que, según ellos, azota á la humanidad con tempestades, nieves y lluvias. Algunas prácticas indican el temor que se siente de que los altos poderes inflijan castigos; tal sucede con ciertas reglas sobre los manjares y sobre la templanza de algunas de las cuales hemos ya anteriormente hablado. Uno de los fenómenos más temidos es el remolino hacia el que se siente un miedo sobrenatural. Lovisato refiere que cierto fueguino que por espacio de tres horas seguidas le había servido de guía al través de nieves cuya profundidad alcanzaba algunos metros, se arrojó de repente y se negó á seguir adelante por haber visto un remolino en un torrente de la montaña.

## CAPITULO VIII

## RELIGIÓN Y SACERDOTES DE LOS INDIOS

«Todos los indígenas de América poseen un sentimiento de lo sobrenatural y están convencidos de que cuando trabajan rodéanles multitud de fuerzas invisibles pero poderosas que, si quieren, pueden auxiliarles ó molestarles en sus faenas. En cada pecho hay un altar consagrado al Dios desconocido.»

D. G. BRINTON.

Materias religiosas. La cuestión de un Dios. El primitivo dios creador. Adoración del sol. La luna. Los auxiliares del creador. El portador del fuego. Menabuscho. La creación. Yalchi. Leyenda del diluvio. Vientos y regiones del mundo. Surgen de la tierra los pueblos. Leyendas de emigraciones. Adoración de los animales. Aves gigantes. Águilas. Adoración de los muertos. Culto de los osos. Creencia acerca de las serpientes. Moluscos. Leyendas de animales. El árbol del mundo. Adoración de las montañas y de las piedras. Creencia en las almas y en los espíritus. El otro mundo y el infierno. Ídolos. Templos. — Sacerdotes y médicos. Medicinas. Magnetismo animal. El agua como medio de purificación. — Sepeleros y cadáveres. Uniformidad y variedad en las prácticas mortuorias. Sepelios sobre y debajo de la tierra. Momificación. Máscaras mortuorias. Enterramiento provisional. Forma portátil de sepelio. Sepulturas y panteones. Monumentos funerarios. Presentes que se hacen á los cadáveres. Fiestas funerarias.

No existe ningún pueblo americano sin religión. Esta se compone de la creencia en uno ó en varios seres supremos y en una porción de espíritus de segunda fila, de las leyendas acerca de la creación que por aquéllos fueron referidas, y de la idea de otro mundo dividido generalmente en supraterranal y en subterráneo en el que tienen las almas su residencia pero del cual pueden regresar á la tierra como espíritus ó como almas reengendradas. La idea de un solo Dios aparece vagamente manifestada por la adoración que al cielo ó al sol se concede. Aquel pensamiento que Balboa pone en boca del inka Yupanti: «Nuestro señor y padre, el sol, debe á su vez estar subordinado á un señor y amo más poderoso que él y que le obliga á seguir sin descanso su ruta diaria» puede ser también aplicado á los espíritus de los nahúas de Tezcoco; por lo menos, algunas expresiones como infinito, omnipotente, alma del mundo, creador de todo, etc., indican presentimientos que buscan una expresión en imágenes que se salgan de lo común. El vulgo, empero, no se eleva á tales alturas sino que rebaja á los grandes espíritus de la creación y de la ordenación del mundo á un nivel inferior en donde sus funciones se manifiestan por medio de locas mascaradas de animales y de innobles antropomorfismos. De aquí que la investigación moderna rechace con razón por accidental la cuestión del dios único coronando el edificio religioso de los indios, pues tampoco aquí puede sustituirse con el pensamiento más claramente expresado por una sola tribu ó por un grupo de sacerdotes el largo proceso histórico cuyo resultado ha de ser siempre el dios único supremo y necesario, llámese Jehovah ó Allah.

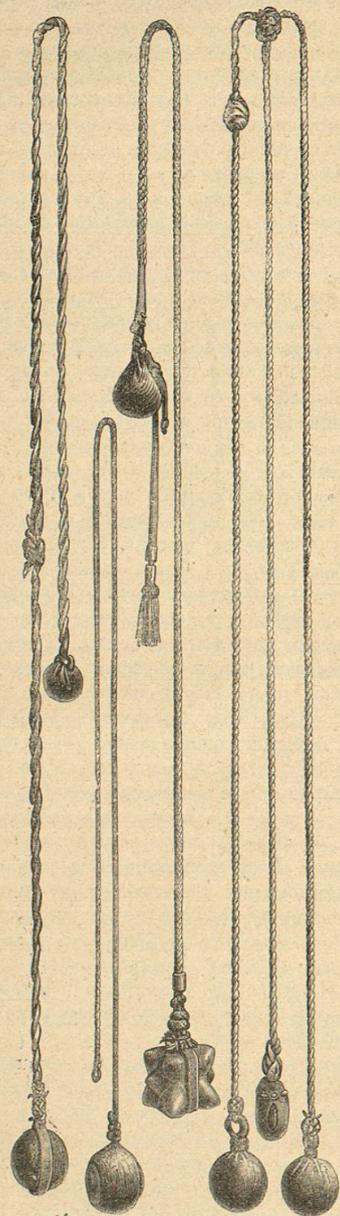
La adopción de una palabra del vocabulario indio que expresara nuestra altísima noción «Dios» fué para los misioneros de estas regiones tarea tan difícil como lo había sido para los de los países hotentotes y malayos, pues todas las ideas suficientemente abstractas que entre estos pueblos aparecían reducíanse á «alma», «espíritu» y quizás «sombra», ó significaban simplemente «milagroso.» De todas estas expresiones ninguna podía aplicarse á una unidad

personal, puesto que todas envolvían la idea genérica de «sobrenatural.» El *Manitu* de los algonkines no es en manera alguna, como algunos pretenden, la palabra con que se designa al «gran espíritu», sino que significa algo misterioso, incomprensible y así lo demuestra el hecho de dar este pueblo al acero el nombre de *Manitu bivabik*, es decir, piedra maravillosa; y los misioneros, para enmendar su antiguo error, no tuvieron más remedio que anteponer á la palabra *Manitu* el adjetivo *Kitschi* (grande) á fin de designar de este modo á Dios. Del mismo modo *Wakán* es la palabra con que los dakotas designan algo inexplicable y *wakanehon* un verbo que significa hechizar; así es que este pueblo llama á un buque de vapor *wakán* y al propio tiempo *Wakán-tanka* al gran espíritu. Brinton recuerda que *wakán* usado como adverbio quiere decir «arriba.»

La idea india de Dios, separándonos de la esfera de lo general ó, mejor dicho, de lo que se pierde de vista, nos aproxima á aquel punto en que recibe relaciones cosmogónicas y se condensa luego en la imagen única del creador del mundo personalmente concebido. A menudo queda en pie la siguiente cuestión: ¿Es el creador, en tal ó cual mito indio, la última fuerza creadora, la causa final del ser, ó ha de ser comprendido como uno de los auxiliares de los dioses que en casi todas las mitologías ayudan á la creación y especialmente á la del hombre, ó finalmente—como lo expresa el nombre de *Ikaktutas* que los hidatschas dan á Dios—es tan sólo «el primero creado» que cuidó luego de la creación ulterior? Por último se ha dicho que así en la idea religiosa como en la imagen cosmogónica lo que para nosotros es el dios supremo aparece á los ojos de estos pueblos tan distante y por ende á menudo tan vago cuando no ignorado, que para que nuestra idea de Dios fuera comprensible sería preciso implantarla de nuevo por completo. El dios supremo creó de entre los otros dioses al sol, á la luna y á las estrellas, el primero de los cuales es especialmente designado como la criatura divina más próxima á él y aun las acciones de uno y otro, es decir, la luz, la vida y el espíritu no se presentaban perfectamente deslindadas. Como efecto de esta creación se señalaba el engendramiento de auxiliares para ordenar el mundo, auxiliares que al nacer á la vida aparecieron en la tierra salidos del agua ó de las cavernas. No es aventurado ver en este dios creador primitivo al cielo. La creencia de que algún día vendrían los hombres de la luz para hacer valer su derecho sobre el país que el dios de la luz había creado y poseído antes de regresar al cielo, contribuyó poderosamente á la rápida propagación del poder de los conquistadores blancos del siglo décimosexto.

En casi todos los pueblos americanos de cuya vida religiosa tenemos noticias detalladas encontramos en forma más ó menos marcada la adoración del sol; únicamente falta en absoluto entre los athapaskes septentrionales que en esto se parecen á los esquimales. Waitz dice que el único pueblo de adoradores confesos del sol que existe en la América del Norte es el de los *natchez* que adoraban á este astro como *wah sil* (gran fuego) y vindicaban la prioridad para el fuego. Esta limitación, sin embargo, no es otra cosa que una de las varias sombras que la cultura notable, especialmente al exterior, de Méjico y del Perú arroja sobre la vida de aquellos indios no rodeados de tan brillante aparato como los súbditos de Moctezuma ó de los inkas, y no ha sido reconocida por los mejores conocedores y en prueba de ello recordaremos únicamente las palabras de Schoolcraft: «Los indios de los Estados Unidos veían en el sol el símbolo de la luz, de la vida, de la fuerza y del espíritu y lo consideraban como encarnación del gran

espíritu.» Adorábanle con genuflexiones y en su loor entonaban himnos, pero este culto no fué exactamente comprendido en todas partes en el mismo sentido. En el Perú, la heliolatría aparecía organizada por los inkas sobre la base de consideraciones políticas y de un modo único en



Bolas de los patagones (Museo británico y Christy Collection, Londres)  
1, de su verdadero tamaño

la historia de las americanas religiones. Hay que convenir con Brinton, á quien en este punto apoya Tylor, cuando dice que el sol ha de ser considerado unas veces como una de tantas divinidades, otras como símbolo ó forma de una divinidad y otras como la misma divinidad suprema. Como creador y conservador de todo lo terreno adoraban al sol algunas tribus del bajo Mississipi, pero en esto hay que tener en cuenta que algunos idiomas designan con una

sola palabra al sol y al cielo. Al sol se sacrificaban en la cabaña del caudillo las primicias de la agricultura y del botín de caza y de guerra: entre los natchez este sacrificio correspondía al caudillo, el cual era al propio tiempo sacerdote, solía recibir también el título de «gran sol», no reconocía otro ser superior á él que este astro y pretendía descender de él. Todavía á principios de este siglo escribía Nuttall á propósito de los osages: «Fuman en honor de Dios ó del sol y acompañan este acto con un corto discurso.» En Virginia á la adoración que todas las mañanas se consagra al sol precede un lavado general. Los sacrificios hechos al sol y aun la costumbre de fumar en honor de éste eran usuales hasta entre los siouxes, tan distintos de los demás pueblos en muchos conceptos, y entre las tribus que habitaban al Oeste del Mississipi. Los pueblos, los navajos, los zuñis y sus afines adoran al sol, á la luna y á las estrellas pero no como dioses, puesto que consideran á estos astros como creados por un dios supremo, misterioso é invisible aunque por ellos presentado, sino como causantes de la fertilidad y de todas las demás bendiciones. Según Whipple, el sol aparece en el espíritu de los pueblos confundido con la idea del regreso de Moctezuma á quien se espera por el Oriente. Aun en aquellos casos en que el sol es considerado simplemente como «espíritu del Oriente» en cuyo honor el sacerdote se reviste de las sagradas vestiduras y se dirige al orto y al ocaso, tiene aquél iguales símbolos que el mismo sol.

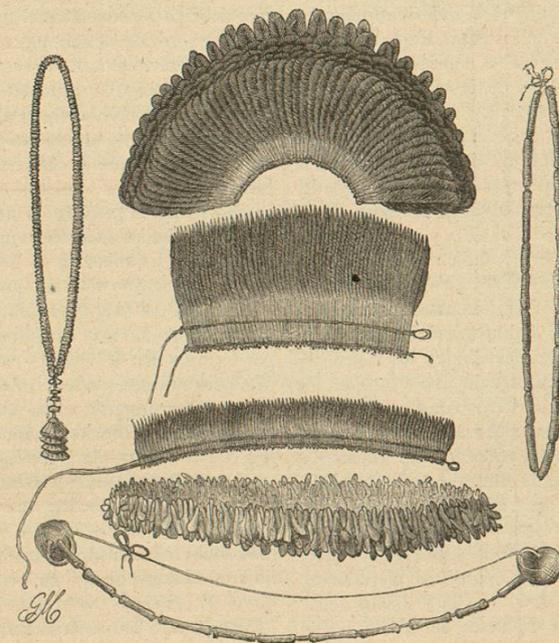
Al sol y á la luna se les considera como hombre y mujer. Crevaux dice que, en su sentir, las tribus salvajes de Guayana no tuvieron por delitos las observaciones astronómicas por él practicadas porque no estimaban á las estrellas como divinidades; pero esta afirmación no constituye ninguna prueba concluyente. El culto del sol tan desarrollado en el Perú difunde su luz hasta en las sombras de esas selvas vírgenes. Los indios de Darién consideraban al sol como creador del mundo y entre los chibchas sólo al dios del sol se ofrecían sacrificios humanos. También fué adorada entre estos pueblos la luna como diosa del agua y de la lluvia y por ende como diosa de la fertilidad de los campos, de la fecundidad de las mujeres y como protectora de las parturientes y de los recién nacidos. Pero desde el momento en que vemos á la madre tupi resguardar á su hijo de los maléficos rayos lunares, tenemos la reunión en un mismo ser de las cualidades más antagónicas, puesto que la luna es también la diosa de la noche, que no trae nada bueno, la productora del veneno y la causante de las enfermedades y de los malos sueños. Allí en donde oímos hablar de un espíritu malo en contraposición al bueno, casi siempre encontraremos como base de esto el antagonismo de la luna respecto del sol y veremos que aquél es resultado de la unión de la diosa de la fertilidad con un espíritu tenebroso del averno. De aquí la precaución, durante el período de sazón de la cosecha, de no dejarse ver por el campo á fin de no despertar á ese ser híbrido; de aquí también, quizás, la necesidad de aislar á la parturiente, costumbre en algunas ocasiones sensible y aun cruel y sobre todo la concentración de un gran número de prácticas supersticiosas en el acto del alumbramiento y sobre los que en éste toman parte. Tal sucede entre los rukujennes que exigen de la parida que algunos días después del parto se pasee completamente desnuda. El recién nacido á cuya vista se ofrecen ciertas cosas, entre ellas un hombre blanco ó un negro, muere y el que penetra en la casa de una parturiente cae enfermo. Como la luna era diosa de las enfermedades, sus más famosos sacerdotes habían de estar necesariamente enfermos; por esto en el culto azteca en-

contramos á los leproso como sacerdotes de la diosa luna.

El papel que representa el agua en la creación acaba por tomar un aspecto desfavorable cuando indignada arroja á la tierra de su seno y devora diariamente al sol y á las demás luces del cielo: representada en forma de serpiente se opone á la acción del poder creador del fuego, es decir del sol. Por último la diosa de la noche aparece como perro colosal que durante los eclipses devora al sol; por esta razón desde los esquimales hasta los tupis golpeaban despiadadamente á los perros para que con sus ladridos intimidaran á aquel monstruo de su raza. Estos animales eran también sacrificados al mar tempestuoso y en cambio algunos pueblos tributaban culto divino á sus efigies. En las

regiones secas del lejano Occidente, en donde la humedad era más necesaria que el fuego para la prosperidad de los frutos campestres, en Méjico sobre todo, la luna era muy venerada como diosa del agua en las fiestas de la siembra y de la recolección; y Gumilla refiere hablando de una tribu del Orinoco que en los eclipses de luna cavaba con más afán la tierra en la creencia de que la diosa luna ocultaba su rostro encolerizada por la indolencia de los hombres en el laboreo de los campos.

En las tempestades y en las tronadas se reconocía el zumbido de un potente aleteo, la voz del gran espíritu, el mensaje del próximo verano, la promesa de la fertilidad, el redoble de tambor que un gigante con cuernos, llamado



Coronas de plumas y collares hechos con huesos, dientes y conchas, de los fueguinos (Colección de Hagenbeck, Hamburgo)

Haokah, ejecutaba por medio del huracán. El rayo era sagrado y los dakotas se decían descendientes de las encarnadas brontolitas, piedras que los peruanos adoraban también como hijas del dios del trueno. Los tupis del Brasil consideraban al rayo y al trueno respectivamente como el brillo de los ojos y el ruido de la voz del pájaro que en otro tiempo era dios supremo y creador y traía en forma humana el fuego y los frutos de la tierra y que ahora vuela en el cielo desde donde envía la fertilidad. Los peruanos veían en el dios del trueno, Apocatequil, al creador que dió vida á los hombres, rodeando á la tierra de azadas de oro y le suponían hijo de Guamansuri, venido del cielo, y de la hermana de un ser tenebroso, falto de luz, que de dos huevos dió á luz al dios del trueno y á su hermano: por esta razón eran consagrados en el Perú á este dios los mellizos. El dios del trueno aparece rodeado de tres auxiliares, el rayo, la huella de éste, y el trueno, ó provisto de tres armas, el rayo, la centella y la piedra del trueno. Cuando no es un pájaro, cabalga sobre las nubes como el Heno de los irokese que es á la vez dios del trueno y de la fertilidad y protector de las sementeras.

Garcilaso de la Vega nos ha conservado el siguiente himno al trueno:

«Hermosa soberana, mira; tu hermano rompe las tazas haciéndolas pedazos. Sus golpes producen rayos y sordos truenos. Y tú, princesa, ¡crea el agua, envía la lluvia, la nieve y el granizo! Viracocha, fundador de los mundos y animador de los mundos, te destinó y te creó para estas funciones.»

La violencia y la diversidad de las tempestades han influido poderosamente en el espíritu de estos pueblos, siendo infinitos los mitos que acerca del trueno poseen. Sólo citaremos el de los dakotas que nos trasmite Eastman: en él el dios del trueno aparece representado como gigante llamado Haokah para quien lo frío es caliente y lo caliente frío, que ríe cuando está triste y cuando está alegre llora y cuyos ojos y rostro son de varios colores y tienen expresiones distintas, estando provisto de cuernos y pudiendo presentarse de muy diversos modos. Al marcar el papel que representa el viento en los preliminares de la creación, cuya base definitiva ha de buscarse en la concordancia del soplo (alma) con el viento, concordancia que hace á los araucanos comparar á las «almas del cielo,» dioses, con el viento, y á los krihkes designar á Dios como «señor del aliento,» al marcar ese papel, decimos, aparece la santidad de la cuaternidad de las regiones del globo que encontra-